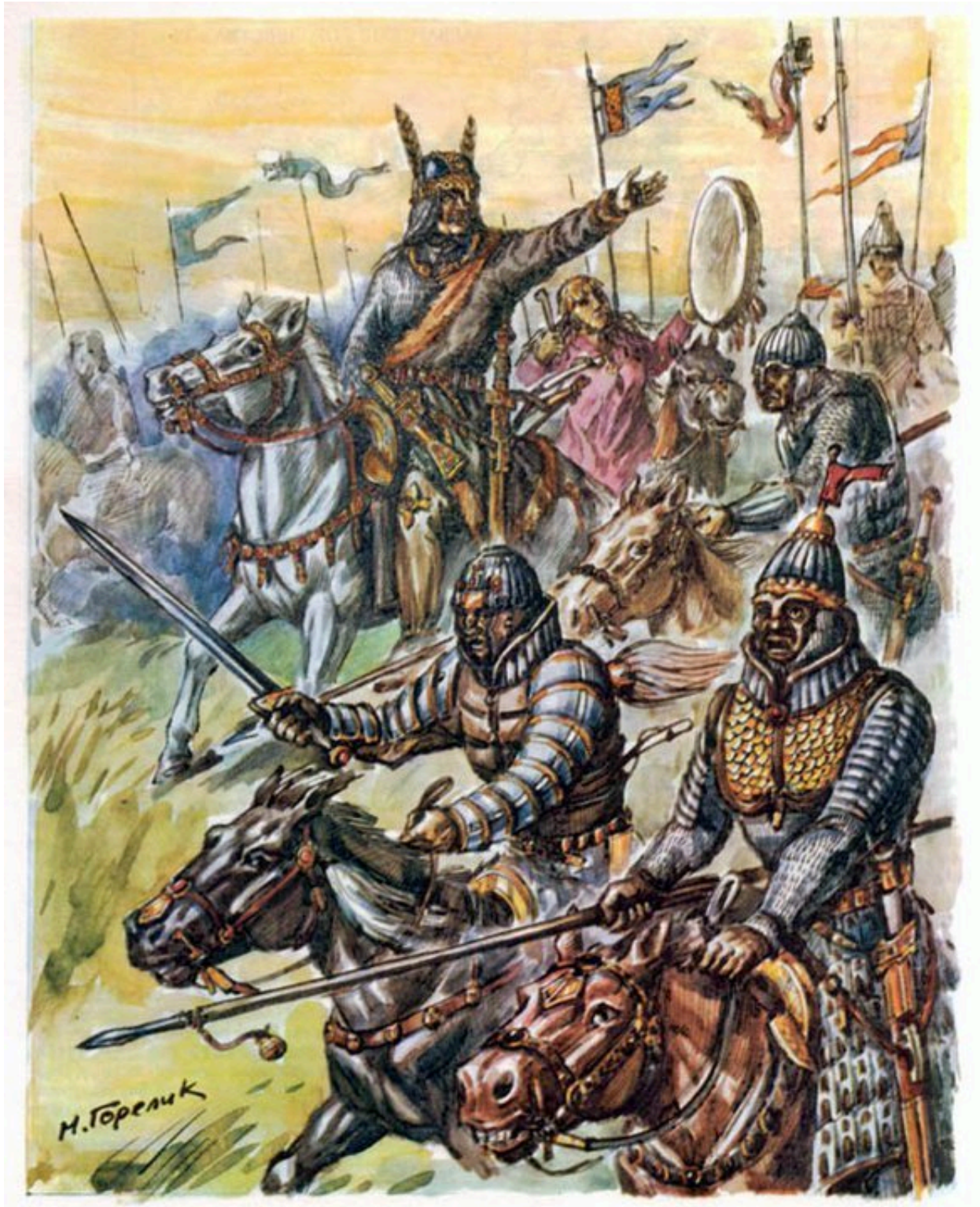


La batalla de los campos Cataláunicos(20/6/451 D.C)

La batalla de los campos Cataláunicos se libró en el año 451 de la era cristiana en plena decadencia del imperio romano de occidente y próximo a su caída. Había sido invadido repetidamente por las hordas montadas nómadas del este del rey Atila, rey de los hunos, antecedentes de los posteriores mongoles de Genghis Khan. Esta batalla debe su altisonante y épico nombre a los campos de Chalons, donde se libró el combate en las cercanías de tal ciudad. Los ejércitos enfrentados en esta contienda fueron las legiones de Roma al mando del general Flavio Aecio y sus aliados visigodos al mando del rey cristiano Teodorico y los alanos, francos, burgundios y sármatas y por el otro lado las hordas hunas de Atila y Valamiro y sus aliados ostrogodos, gépidos, hérulos, turingios, lombardos, esciros, vándalos y baltingos.



La batalla:

Los dos ejércitos se enfrentaron en las llanuras de Chalons. Los primeros en desplegar fueron los del bando romano. Aecio eligió una colina en el ala izquierda en la que disponer en un lugar de ventaja a sus tropas y Teodorico hizo lo propio en el ala derecha. Los alanos habían sido desplegados entre ambos, por si se les ocurría echar a correr en cuanto tuviesen la oportunidad y quitarles así las ganas de verse con el paso cortado por sus "aliados".

Es de rigor advertir que lo que se sabe de la batalla no está muy claro, sin embargo se procede a aclarar lo que puede haber ocurrido ese día. Los hunos, por su parte, se desplegaron en el centro de su ejército, como modo de impresionar y de dar a entender que eran tanto los líderes de sus tropas como también que eran un enemigo a tener en cuenta. Los ostrogodos estaban en el flanco izquierdo y todos los demás pueblos de la alianza bárbara en el ala derecha hunica. Atila tenía la seguridad de que si atacaba personalmente a los alanos, se desbandarían a la primera de cambio y por tanto sería mucho más fácil separar y atenuar a los defensores de la civilización que perdía su luz en aquella época de la historia.



Tras el despliegue inicial los dos ejércitos se observaron durante unos minutos, mientras los estandartes ondeaban y flotaban al viento y el único sonido que se escuchaba era el del rozar de las telas. Fue entonces cuando a una señal de Atila los arqueros hunos tensaron sus arcos y dispararon una salva de flechas que cayeron silbando sobre los escudos de sus enemigos. Algunos cayendo, otros recibiendo las puntas de las saetas en sus rodillas, brazos o cuellos y escuchándose los primeros gritos de dolor. Y solo era el comienzo. Tras ello, los dos ejércitos se lanzaron a la carga y chocaron violentamente y de manera frontal y algunos no llegarían a asestar el primer golpe siquiera al ser otros más rápidos que ellos. Y el entrechocar de armas y escudos y hierro cubrió la llanura en cuestión de segundos.

La batalla se alargó durante horas y pasaba el tiempo, para unos terminando en cuestión de décimas de segundo y para otros era una eternidad. Ostrogodos contra visigodos, en encarnizada sangría, estos últimos resistían con entereza pero aun y así empezaban a retroceder de tanto en tanto pero rechazaban a los ostrogodos una vez, y otra, y otra más y mientras tanto los hunos aniquilaban cada vez con mayor seguridad a los alanos y estos también se amilanaban poco a poco. Los romanos, dominantes sobre la colina, resistían frescos y organizados la turba de bárbaros que intentaba una y otra vez superarlos, cansados por las subidas y el pasar del día. Atila estaba dominando el combate y todo parecía indicar el triunfo para el rey de los hunos, cuyos enemigos alanos dudaban. En ese entonces Atila se detuvo un momento, buscando con su cetrina mirada al rey de los visigodos. Le vio, se lanzó contra él profiriendo un profano grito de guerra y tras un duro combate a muerte acabó con su vida.



La muerte del rey Teodorico no causó la huida de nadie. El príncipe Turismundo se autocoronó nuevo rey de los visigodos y envalentonó a sus hombres a vengar al monarca caído cuya alma encontraría la gloria entre las nubes. Los ostrogodos fueron puestos en fuga tras una brutal muestra de renovado ardor guerrero visigoda. Atila se vio en problemas, los hunos se replegaron un poco y los alanos y el resto de la alianza romano bárbara presentaron nuevas ansias de plantar cara a Atila y los suyos.

La tarde estaba avanzada y pronto el sol daría sus últimos coletazos por ese día. El ala derecha de Atila estaba desorganizada, fácilmente hecha pedazos por la disciplina y elección de buenas posiciones que caracterizaba a las legiones de Roma. Atila tenía la sensación de que no saldría vivo de allí probablemente, por lo que ordenó erigir una pira funeraria para él mismo en tal caso. Aecio se dispuso a dar el golpe de gracia sin embargo por alguna razón de la cual se barajan

varias hipótesis, el general romano no atacó. No obstante Atila huyó con seguridad y el día fue claramente para Roma y sus al fin y al cabo todo el tiempo dudosos aliados, y por el momento el águila estaba a salvo. Por el momento.....